

La otra forma del miedo de vivir no teme el esfuerzo, la fatiga ni la batalla, siempre que el objeto sea el goce. Don Juan es la más brillante encarnación de este egoísmo audaz. Es la energía de los bandidos; y en los negocios, en la política, en sociedad, se encuentran hombres y mujeres que no quieren obtener de la vida más que goces inmediatos arrojándola después como una naranja estrujada que ha soltado todo su jugo. El romanticismo, al proclamar el derecho a la pasión, a la dicha y a la libertad, alentaba este desarrollo de la fuerza individual; hoy lo alienta otro romanticismo—el feminismo exagerado—y el individualismo ha encontrado su filósofo en Nietzsche, con su superhombre.

Pero, ¿no es paradójico llamar «miedo de vivir» a la doctrina que glorifica la vida y dobla su intensidad? Nó: porque los que tienen miedo de vivir quieren vivir como el niño del ovillo del cuento, tirando del hilo de la vida de modo que sólo les ofrezca novedades y goces; y limitar la vida a la juventud es despreciarla, y temer o aborrecer la vida ordinaria es tener